

Diversidad, Libertad y Pluralismo

Claudio González-Vega¹

Amigas y amigos:

Llegué el domingo a San José, tras viajar 32 horas desde Bamako, la capital de Mali. Me encontraba en Mali para asistir a una reunión del Directorio Ejecutivo de un programa llamado “El Desafío de una Generación” (*Generation Challenge Programme*).² El programa es una actividad del Sistema Internacional para la Investigación en Agricultura (CGIAR).³

Este programa constituye, en esencia, una amplia red de institutos de investigación y de centros de extensión agrícola, internacionales y nacionales, de países desarrollados y de países en desarrollo, públicos y privados. Conservando cada uno su autonomía e identidad, este consorcio vincula a una comunidad de investigadores y les permite coordinar sus esfuerzos científicos, de investigación aplicada y de mejoramiento de la agricultura. Las autoridades del programa canalizamos el financiamiento externo, organizamos y sistematizamos la agenda de investigación y enlazamos a los asociados en una comunidad interactiva.

Les comento esto por dos razones. La primera, porque Norman Borlaugh, quien en 1970 recibió el Premio Nobel de la Paz por su papel decisivo en el lanzamiento y éxito de la Revolución Verde, falleció recientemente.⁴ Hoy, lo recuerdo con admiración.

¹ Discurso pronunciado en la Ceremonia Oficial de Celebración del 40 Aniversario de la **Academia de Centroamérica**, el miércoles 30 de setiembre de 2009, en San José, Costa Rica.

² Executive Board. Generation Challenge Programme —Cultivating Plant Diversity for the Resource-Poor (GCP, 2004-2013). <http://www.generationcp.org>

³ Consultative Group on International Agricultural Research (CGIAR). “The CGIAR is a strategic alliance of members, partners and international agricultural centers that mobilizes science to benefit the poor.” <http://www.cgiar.org>

⁴ Dr. Norman Borlaugh (1914-2009), agrónomo estadounidense que falleció el 12 de setiembre. Siendo Director del CIMMYT, desarrolló las prácticas mejoradas y semillas híbridas de trigo, de alto rendimiento y con resistencia a enfermedades, que, al ser llevadas a Asia, lanzaron la Revolución Verde. <http://www.cimmyt.org>

Lo recuerdo, porque Norman fue un ejemplo extraordinario de un científico —esencialmente un investigador práctico— que, con total compromiso, volcó los esfuerzos de su vida a enfrentar, desde la realidad, desafíos sociales apremiantes: la hambruna y la desnutrición. A él, más que a nadie, se le debe la aplicación deliberada de la ciencia a la agricultura.

Lo recuerdo, no porque ocupara puestos públicos importantes, aunque no puedo ignorar que sí tuvo una enorme influencia en las políticas de seguridad alimentaria del mundo. Lo recuerdo, más bien, porque su vida representó el triunfo del conocimiento: la victoria del conocimiento sobre el hambre.

Durante el siglo pasado, pocos esfuerzos salvaron tantas vidas como la Revolución Verde que él lideró.⁵ Gracias a estos esfuerzos, en la segunda mitad del Siglo XX la población del mundo tuvo la posibilidad de estar mejor alimentada que en cualquier otro momento en la historia —a pesar del acelerado crecimiento de la población. Gracias a estos esfuerzos, el costo real de los alimentos disminuyó a los niveles más bajos en la historia de la humanidad.⁶

Nunca antes tuvo la humanidad la oportunidad de comer tan bien y tan barato. Que todavía muchos millones de personas pasen hambre ha sido causado por la pobreza, ese tema central en la preocupación de la Academia de Centroamérica.⁷ No ha sido, sin embargo, porque no haya habido la capacidad técnica de producir todo el alimento necesario.

⁵ El término “Revolución Verde” fue introducido en 1968 por William Gaud, Director de USAID, para referirse a la transformación de la agricultura como resultado de la investigación y del desarrollo de semillas híbridas para el arroz, trigo y maíz. Este término debe distinguirse del uso contemporáneo de “Economía Verde”, lo que se refiere a la adopción de prácticas ambientalmente sanas. Refiriéndose a Borlaugh, Gregg Easterbrook acuñó la frase “más de mil millones de vidas salvadas” (*over a billion lives saved*) en “Forgotten Benefactor of Humanity” (1997).

⁶ Claudio González Vega, “Agricultura y seguridad alimentaria. ¿Tenía razón Schultz?”, en Grettel López y Reinaldo Herrera (eds.), *Agricultura y Desarrollo Económico*. Celebración de los cuarenta años de la publicación del libro *Transforming Traditional Agriculture*, de Theodore Schultz. San José: II Jornada Anual de la Academia de Centroamérica, mayo de 2005. <http://www.academiaca.or.cr>

⁷ Víctor Hugo Céspedes y Ronulfo Jiménez (eds.), *Pobreza en Costa Rica*. San José: III Jornada Anual de la Academia de Centroamérica, setiembre de 2006.

Muchos pensaron que este logro nunca sería posible. Sin embargo, el año 2000, en su discurso inaugural como Presidente de la *American Economic Association*, D. Gale Johnson afirmó que “el Siglo XX podrá ser recordado como el siglo cuando el hambre pudo haber sido eliminada y, en muy buena medida, lo ha sido.”⁸

No obstante estos logros, el Siglo XXI parece enfrentarnos a nuevos desafíos alimentarios. Ahora no es el momento para discutir en detalle el por qué podría ser éste el caso.

Lo que me interesa recalcar, más bien, es la apreciación de Gale Johnson, quien en su discurso presidencial explicó muy bien cómo el enorme crecimiento de la oferta de alimentos (a lo largo de los dos últimos siglos) se debió, principalmente, al aumento del conocimiento y a la acumulación del capital humano capaz de aplicarlo.

En efecto, en nuestros tiempos ha habido un incremento enorme en el conocimiento científico y en la capacidad de transformar ese conocimiento en tecnologías que permitan aumentar la productividad de los recursos. Se trata de la ciencia aplicada a la producción. La Revolución Verde es uno de los ejemplos más sobresalientes de este proceso.

Mayores rendimientos de las plantas no implican, sin embargo, el mejor aprovechamiento de los recursos disponibles. Este último es un problema de economía, no de agronomía. De hecho, fácilmente se podría vincular buena parte del hambre en el mundo a políticas de asignación de recursos incorrectas.

Por eso, ante la amenazante crisis alimentaria, duele escuchar cómo muchos quisieran regresar a intervenciones que, varias veces en el pasado, ya aprendimos que no funcionan. No se les ocurre nada diferente. Se ha tratado, en esos casos, no sólo de intervenciones que llevan a una mala asignación de recursos a la agricultura, sino de políticas incorrectas que han restringido la generación de los ingresos con los que los pobres podrían mejorar su alimentación.

⁸ D. Gale Johnson, “Food, Population and Knowledge,” *The American Economic Review*, Marzo de 2000, pp. 1-14.

Intervenciones apropiadas de política, la comprensión correcta del papel de los mercados, la reducción de los costos de transacciones y el desarrollo de la infraestructura física e institucional necesaria para que los mercados funcionen bien y para que el ingreso no solo crezca sino que se distribuya ampliamente: éstos son los ingredientes con los que la economía puede contribuir a combatir el hambre.

Aquí fue donde comenzó, hace 40 años, la Academia de Centroamérica, gracias a Larry Harrison y al Programa de Desarrollo Agropecuario de la USAID para Costa Rica. Entendíamos entonces que la pobreza era sobre todo un fenómeno rural y buscábamos el mejor diseño de políticas para atacarla. Los desafíos han resultado mucho más complejos de lo que imaginábamos, pero en ese entonces los enfrentamos con las mejores herramientas que conocíamos.

En un sentido más general, las imperfecciones de la organización social, los estados fracasados, las guerras y las conflagraciones internas han sido las principales causas del hambre pavorosa. Un dramático ejemplo ha sido el caso de Sudán. Es la ausencia o el desplome de las instituciones, como causa del hambre. Es la paradoja del ser humano que usa al hambre del otro como arma.

Lo maravilloso es, a pesar de todo, cómo la humanidad se ha beneficiado del enorme aumento del conocimiento de los últimos tiempos. Además, los medios para transmitir de manera efectiva estos conocimientos han mejorado y los frutos del conocimiento se han difundido por todo el mundo. Aunque organizar y utilizar un volumen tan amplio de ideas y de observaciones de la realidad no será tarea fácil, el éxito del Siglo XXI lo verán quienes tengan la capacidad de lograrlo. No sorprende, entonces, que hoy día, la proporción de recursos destinados a la generación, a la aplicación y a la difusión del conocimiento sea mayor que nunca antes en la historia de la humanidad.

Ciencia, conocimiento técnico, aplicación a la realidad, soluciones a problemas de interés social: ésta ha sido y deberá seguir siendo una vocación profunda de la Academia de Centroamérica. No obstante, sería un error pensar que la solución a los problemas de nuestras sociedades representa un desafío exclusivamente técnico. A este tema regresaré en la segunda parte de mi discurso.

Por ahora, tengo un segundo motivo para referirme a mi viaje a Mali. El año 2000, en el evento de lanzamiento por las Naciones Unidas de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (*Millenium Development Goals*),⁹ Norman Borlaug contempló una labor incompleta y lanzó el siguiente desafío:¹⁰

“En los próximos 50 años, la población mundial probablemente aumente en más de 3,000 millones de personas y la demanda de alimentos se duplicará. Los mejores suelos del mundo ya están siendo cultivados. Sin cultivos más productivos, la agricultura seguirá extendiéndose hacia áreas marginales y destruyendo entornos frágiles. En la enorme *diversidad genética* que existe en las plantas podría estar la clave para mejorar los cultivos y para asegurar ofertas adecuadas de alimentos. Se están desarrollando herramientas y tecnologías que permitirán descubrir, en esa diversidad, atributos importantes, como la resistencia a pestes y la tolerancia a la sequía. *Desafío* a la próxima generación a usar estas nuevas herramientas y técnicas científicas para enfrentar los problemas que afligen a los pobres del mundo.”

De este desafío se deriva el nombre del programa (*Generation Challenge Programme*) relacionado con mi viaje a Mali. En cierta forma, esta noche quiero trasladar un desafío semejante a las nuevas generaciones de la Academia. Se trata, sí, del desafío de seguir usando las mejores herramientas analíticas, en este mundo complejo, para apoyar el debate sobre políticas públicas. Éste es el desafío de estar al día en las herramientas y de tener el valor de usarlas, con firmeza, en el debate público.

Se trata, sobre todo, del desafío de entender y de valorar la diversidad. Para alcanzar el éxito en las actividades futuras de la Academia, lo importante será, en particular, entender el papel de la diversidad. Es más, la valoración de la diversidad será crítica para el futuro de la sociedad.

El *Generation Challenge Programme* recalca la importancia de la diversidad genética para la supervivencia. Esta importancia no es nueva. En todas partes del mundo, generación tras generación de agricultores han conocido y han usado la diversidad genética de las plantas.

⁹ Véase <http://www.un.org/millenniumgoals>

¹⁰ Traducción libre.

Generación tras generación de agricultores han identificado plantas con ciertos atributos deseables o plantas que florecen en condiciones adversas. Cuidadosamente han preservado semillas o retoños, para reproducir estas características. Lo que siempre hicieron nuestros antepasados se encuentra, hoy en día, a la base de la ciencia más adelantada sobre las plantas.

En estos momentos, la genética de la reproducción y la biología molecular se dedican a identificar factores responsables de diferencias valiosas y están usando estas diferencias para mejorar los cultivos. Del éxito de estos esfuerzos por aprovechar la diversidad genética dependerá, en mucho, la conquista del hambre en el Siglo XXI.

Del éxito en conservar la diversidad, en general, dependerá el futuro de la humanidad. Esto es relativamente fácil verlo en la naturaleza; entender su importancia en el desarrollo de las sociedades es nuestro particular desafío.

Si uno de los más extraordinarios logros del Siglo XX fue permitirle a la humanidad la posibilidad de comer mejor y a más bajos costos, las amenazas que hoy ponen en peligro el bienestar de los pobres y la sustentabilidad ecológica parecen ser una tormenta perfecta. Para algunos, esta combinación de factores adversos podría llevar a un deterioro de los sistemas mismos que sostienen la vida en el planeta.

Pobreza, hambre, desnutrición, cambio climático, escasez de agua, pérdida de la biodiversidad, elevados precios de los alimentos y de la energía, crisis financiera global: tampoco es ahora el momento para resolver estos debates.

Posiblemente tengamos, incluso para enfrentar estos enormes desafíos, conocimientos básicos suficientes. Sin embargo, al nivel más esencial, lograrlo va a depender, de manera muy importante, de nuestra capacidad para proteger la diversidad. La protección de la diversidad dependerá, a la vez, de nuestra capacidad de construir instituciones que valoren la diversidad en todas sus dimensiones.

La diversidad genética proporcionará los elementos claves, las piezas básicas para mejorar la productividad de la agricultura. La diversidad representa, en particular, la base crítica para la adaptación al cambio.

Si no entendemos y si no aprendemos a usar esa diversidad, no podremos mejorar la adaptabilidad de los ecosistemas ni mejorar las posibilidades de vida humana en el planeta. Si no protegemos y conservamos la diversidad de plantas, peces y otros recursos acuáticos, árboles y bosques, animales y ganado y hasta los microbios que son parte del ecosistema agropecuario, habríamos erosionado nuestra capacidad de respuesta ante nuevos desafíos en el futuro.¹¹

Permítanme un paréntesis. Curiosamente, esfuerzos previos por mejorar, por ejemplo, las razas de ganado fueron, con frecuencia, responsables de pérdida de diversidad genética. En esto, recuerdo, con gran afecto, los esfuerzos, en Costa Rica, de Rodrigo Chaves Arguedas por rescatar y conservar el ganado criollo. Ignorado por muchos, hoy Rodrigo recibiría un premio por estos esfuerzos de conservación de la diversidad genética del vacuno.

En resumen, el futuro de la humanidad depende, por una parte, de la capacidad para generar y aplicar conocimiento. El futuro de la humanidad depende, por otra parte, de la capacidad para entender y proteger la diversidad.

Pensar en conocimiento y en diversidad me lleva a pensar en Alberto Di Mare.¹² Alberto fue quien me condujo a F. Hayek.

Les parecerá paradójico que, tras reconocer con tanto entusiasmo la contribución del conocimiento al progreso, ahora quiera hablarles sobre la ignorancia. El punto de partida es la creencia de que el ser humano posee una innata ignorancia socrática. El ser humano es incapaz de saberlo todo, particularmente en el campo de las leyes sociales. Además, los conocimientos humanos son dispersos y contradictorios. La ignorancia y una inacabable incertidumbre obligan entonces al método del tanteo (*trial and error*) para poder dilucidar las cosas. Es a través de la experimentación como vamos aprendiendo.

¹¹ The Inter-Centre Working Group on Genetic Resources, “An integrated approach to genetic resources in support of the CGIAR’s mission.” Position paper, July 2009.

¹² La influencia de Alberto está bien recogida en Rodolfo Quirós (ed.), *Ensayos en honor a Alberto Di Mare*. San José: Academia de Centroamérica, 2002.

Así, en esta dorada era del conocimiento, lo más sobresaliente es nuestra ignorancia sobre el futuro. Que no podemos pronosticar con certeza el futuro nos ha resultado dramáticamente evidente con la erupción de la crisis financiera global. Entre otras cosas, la crisis ha estimulado la búsqueda de culpables. Pocos han aportado, en contraste, explicaciones valiosas. Mucho se dice, además, (aunque poco se debate, realmente) sobre si los economistas se equivocaron. Posiblemente Alberto Di Mare habría dicho que el problema no está en haber hecho un buen o un mal pronóstico. Para él, hacer este tipo de pronósticos era algo imposible.

A mis estudiantes en The Ohio State University les cuento la historia hayekiana de la siguiente manera. Si seguimos llamando a algo “un problema”, un desafío, es porque no tenemos la solución. Si ya conocemos la solución, tal vez tendremos que superar barreras prácticas para aplicarla. Éste es un problema técnico. Pero, si no tenemos la solución, entonces no sabemos cómo sería esa solución. No sabemos en qué consistiría, no sabemos qué elementos tendría. Por ejemplo, si buscamos la curación de una enfermedad, una cura que todavía no existe, en realidad no sabemos adónde se encontrará la medicina. ¿Tendrá, la solución, algo que ver con la genética, con la nutrición, el metabolismo, con la contención de la contaminación? Hasta que no tengamos la solución, no sabremos en qué consiste esta solución.

Si no sabemos cuáles van a ser los elementos de la solución, tampoco sabemos quién o quiénes la van a descubrir. No sabemos cuál combinación de observaciones, de experiencias, de vivencias, actitudes y conocimientos es la que va a llevar a ese descubrimiento. No sabemos, de antemano, quién va a ser el innovador. Entonces, lo que se requiere es una experimentación generalizada, una multiplicidad de búsquedas, un millón de tanteos.

Para esto, Hayek pensaba que la libertad es indispensable.¹³ Una búsqueda centralizada, donde existiese un único camino para encontrar las soluciones, tendría pocas probabilidades de éxito. Entre mayor sea la multiplicidad de búsquedas, mayor va a ser la probabilidad de que alguien —en una circunstancia individual particular— encuentre elementos de la solución.

¹³ Friedrich A. von Hayek: *Los fundamentos de la libertad*. Unión Editorial, 2006 (7ª edición). Publicado originalmente en 1959.

Nunca en la historia de la humanidad han cambiado las cosas tan rápidamente como ahora. Vivimos el momento más dinámico de la historia. Nunca fueron los fenómenos sociales resultado de influencias tan múltiples y tan complejas. Por eso, aún cuanto nuestro potencial es enorme, nunca hubo tanta incertidumbre acerca del futuro.

No sabemos cuáles son las soluciones a muchos problemas presentes; mucho menos sabemos cuáles serán los nuevos problemas que se van a presentar en el futuro. Los que estudian las pandemias, por ejemplo, tienen esto muy claro.

Si no lo sabemos todo, ni podemos predecir con facilidad, ahora más que nunca importa la libertad. Sólo la libertad puede crear un entorno donde florezca la multiplicidad de búsquedas y donde se multipliquen las oportunidades de acierto. Sólo en libertad se podrán aprovechar los conocimientos de la humanidad, distribuidos fragmentariamente entre millones de individuos, en beneficio de todos.¹⁴

Viéndolo desde esta perspectiva, me parece que el llamado hayekiano a la libertad es consistente con el reconocimiento del valor de la diversidad. La libertad importa porque permite y porque fomenta la diversidad. Al proteger espacios donde los individuos pueden actuar sin interferencias creadas por la autoridad, la libertad permite la diversidad.

A la vez, la diversidad que la libertad desencadena importa por las mismas razones por las que la diversidad genética importa. Si todos fuéramos iguales, si hubiéramos tenido las mismas experiencias, si buscáramos las mismas cosas, si todos supiéramos, consciente e inconscientemente, exactamente lo mismo, si conociéramos la verdad única, entonces no existiría este extraordinario poder creativo de la libertad. Lo que la libertad hace es desatar el poder creativo de la diversidad.

Esta noche, en mis palabras se da así la convergencia de una valoración de la diversidad en la naturaleza con la valoración de la diversidad en los seres humanos. Ecología y filosofía política se unen.

¹⁴ Jorge Corrales Q., “Maestro de un Maestro”, en Grettel López y Juan Carlos Obando (eds.), *Ensayos en Honor a Claudio González Vega*, San José: Academia de Centroamérica, 2003.

Es más, en mis clases de demografía hago una defensa de la migración y un elogio de la tolerancia. A mis estudiantes norteamericanos les digo que las barreras a la migración y el aumento de la intolerancia son síntomas del potencial suicidio de los Estados Unidos. ¿Cuál otro proceso social induce la diversidad en una sociedad más que la inmigración? Solo la diversidad —a la que tanto contribuye la inmigración— podrá cultivar la multiplicidad de perspectivas que podrían permitirle a esa sociedad resolver innumerables problemas que surgirán hacia el futuro y así salvar a esa sociedad.

Además, no sólo es la capacidad de decidir adónde se quiere vivir una dimensión crítica de la libertad sino que, muchas veces, la migración es una respuesta a amenazas y a limitaciones a la libertad de escogencia en el país de origen. Por un lado, las barreras arbitrarias a la movilidad de las personas —tanto para salir de un país como para entrar a otro— son limitaciones a la libertad. Por otro lado, una simple mirada a la multiplicidad de los migrantes rápidamente pone en descubierto su gran diversidad y los talentos con que llegan, su disposición a tomar riesgos y a enfrentar gran incertidumbre en su viaje en pos de un sueño y la riqueza de las experiencias que representan.¹⁵

Desde esta perspectiva, libertad y diversidad son entrañablemente complementarias. Sin embargo, esta perspectiva de la libertad, basada en Hayek, es esencialmente una perspectiva pragmática, una visión de la libertad como un medio para promover el progreso. Para los efectos de nuestra celebración del 40 aniversario de la Academia de Centroamérica esto podría haber sido suficiente. No obstante, los acontecimientos políticos de los últimos tiempos, en particular las amenazas que se abren paso en varias partes de nuestro continente, me han obligado a pensar más allá del pragmatismo. Estas amenazas me han obligado a pensar en la conexión entre libertad y diversidad desde una perspectiva más fundamental.

Esta noche lo abordaré desde la perspectiva de otro filósofo político. Libertad y diversidad se unen en lo que Isaiah Berlin propone como pluralismo.¹⁶

¹⁵ UNDP. *Overcoming Barriers: Human Mobility and Development*. Human Development Report 2009. <http://hdr.undp.org/en/reports/global/hdr2009>

¹⁶ Isaiah Berlin, *Four Essays on Liberty*. Oxford University Press, 1969.

El pluralismo se opone al monismo. El monismo es la creencia de que, en alguna parte, en el pasado o en el futuro, en la mente de algún pensador, en los pronunciamientos de la historia o en los de la ciencia, o en el corazón simple de un buen hombre con buenas intenciones, existe una solución definitiva.¹⁷ Es la creencia de que, en principio, hay una manera única mediante la cual se pueden realizar —de forma armónica— todos los fines de los seres humanos.

Isaiah Berlin afirma que, desafortunadamente, esta creencia ha sido responsable de la masacre de miles de individuos en los altares de las grandes utopías: la felicidad de las generaciones futuras, la justicia, la igualdad y hasta la libertad misma. Berlin piensa que esta certeza dogmática ha sido responsable de que la mayoría de los tiranos o los inquisidores despiadados que ha habido a lo largo de la historia tuvieran la convicción profunda e inamovible de que lo que hacían estaba completamente justificado por sus fines. Si bien Berlin alabó la capacidad de la utopía para avivar la imaginación, condenó enérgicamente la política utópica, que sustituye el compromiso por el sacrificio de los vivos.

“El pluralismo —nos dice Berlin— es un ideal más verdadero y más humano.” Es más verdadero, porque reconoce el hecho de que los fines humanos son múltiples, que son en parte inconmensurables y que están permanentemente en conflicto.¹⁸ Hay una pluralidad de ideales, del mismo modo que hay una pluralidad de temperamentos. El mundo es un gran jardín, en el que crecen plantas y flores distintas, cada una a su manera, cada una con sus propias pretensiones y derechos, con su propio pasado y futuro.

El pluralismo —nos dice Berlin— es un ideal más humano, porque no priva a los seres humanos (como sí lo hacen los constructores de sistemas) de aquello que se les ha hecho indispensable para su vida, en tanto seres humanos imprevisibles y que se transforman. No los priva de lo que los hace humanos, en nombre de un ideal remoto e incoherente. No impone sobre esta realidad una idea preconcebida, una verdad única y monolítica, que destruye a seres humanos concretos.

¹⁷ Angel Rivero, “Introducción”, en Isaiah Berlin, *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, Alianza Editorial, 2001.

¹⁸ Isaiah Berlin, *Dos conceptos de libertad y otros escritos*, Alianza Editorial, 2001.

Es muy importante dejar claro que pluralismo no es, sin embargo, sinónimo de relativismo. Rechazo, tal como lo hace nuestro amigo Larry Harrison, un relativismo cultural que justifique violaciones de los derechos humanos fundamentales.¹⁹ Los múltiples valores que los seres humanos buscan —y a los que Berlin hace referencia— son valores objetivos. Su naturaleza y la búsqueda de estos valores están dados objetivamente y son parte de lo que constituye a un ser humano. Son parte de la esencia humana, no son creaciones arbitrarias. Son valores que los seres humanos, mientras sigan siendo humanos, pueden perseguir. Se trata, principalmente, de valores como los que están recogidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Pero, en todo caso, hay una pluralidad, una diversidad de los valores que los seres humanos pueden perseguir, que de hecho persiguen. Libertad e igualdad, espontaneidad y seguridad, felicidad y conocimiento, clemencia y justicia, todos son valores humanos últimos. A veces no pueden realizarse todos y hay que elegir. En vista de que, según Berlin, en cada elección hay una pérdida trágica, cómo lograr equilibrios virtuosos entre estos valores es un tema complicado, también fuera del alcance de mis palabras esta noche.

Lo que sí es cierto es que la misma idea de un mundo perfecto, en el que todas las cosas buenas se realizan, es incomprensible. Desde la visión de Berlin, es conceptualmente imposible. Si esto es así, la idea de un mundo ideal, “para el que no habrá sacrificio bastante”, desaparece como guía de acción. Por lo tanto, todas las formas de forzar a los seres humanos, de intimidarlos y de amoldarlos a una propia norma, todo control del pensamiento y todo condicionamiento son una negación de lo que constituye a los hombres como tales y a sus valores como fundamentales.

Por eso, una sociedad en la que los que sostienen opiniones distintas se toleran entre sí es humanamente mejor que una sociedad monolítica, en la que una sola opinión obliga a todos.

¹⁹ Lawrence E. Harrison, *The central liberal truth. How politics can change a culture and save it from itself*, Oxford University Press, 2006, p. 8. En su ejemplo más dramático, no podemos justificar la continuación de la mutilación genital de las niñas simplemente como una manifestación cultural y, por lo tanto, humanamente aceptable.

El monismo puede conducir, por su propia lógica, incluso a mantener el ideal único a costa de vidas humanas concretas. El contraste con la tiranía como medio para lograr la sociedad perfecta es una sociedad que busca el compromiso y no el sacrificio de seres vivos en aras de un ideal abstracto. Latinoamérica se encuentra en una encrucijada crítica en la que deberá hacer estas escogencias.

Unos días atrás, metódicamente, como ella siempre lo hace, María Castro me llamó y me dijo: “Don Claudio, dice don Eduardo que Usted hable del futuro.” ¿Cómo podía responder a este pedido, sobre todo dada mi prolongada ausencia?

Una salida, tal vez más fácil, habría sido preguntarme cuál es la agenda de investigación que la Academia de Centroamérica debería poner en práctica hacia el futuro. ¿Cuál sería una agenda bien enfocada, que le permitiera reorientar el debate de políticas públicas y acercarse, con influencia bien fundamentada, a quienes toman las decisiones?

Tal vez tengo algunas ideas al respecto, pero me parece que esta tarea le corresponde a las nuevas generaciones. Con el liderazgo de Luis Mesalles, sé que los jóvenes de la Academia pueden hacer una excelente labor. Son ellas y ellos quienes tienen que escoger el tipo de país donde quieren vivir y adquirir y usar las herramientas que les permitan pensar sobre cómo acercarse a esa visión y sobre cómo hacer que otros escuchen las ideas que apoyen ese sueño. Son ellos quienes deben definir la Academia del futuro.

Además, sólo cada 25 o cada 40 años me dan oportunidad de filosofar... Pensando sobre estas preguntas, me percaté que lo que más profundamente define a la Academia de Centroamérica no es lo que hace, sino lo que es.

A pesar de su gran influencia, lo más importante no han sido los estudios anuales, la medición de la pobreza o las evaluaciones de programas. Lo más importante es que la Academia ha sido un espacio acogedor para la “conversación”. La Academia es un lugar donde se pueden “decir cosas”, donde se puede pensar sin fronteras, donde un mínimo de reglas permite que se pueda ejercer la libertad de pensamiento y contrastar los puntos de vista.

La Academia es un espacio grato para el debate riguroso y respetuoso de las ideas, en particular de propuestas bien fundamentadas sobre qué hay que hacer para lograr una Costa Rica cada vez mejor. Para que, hacia el futuro, la Academia siga jugando un papel valioso para Costa Rica, debe seguir siendo un espacio de diversidad, un espacio de pluralidad, un espacio de libertad.

Cuando recientemente se tomó la decisión de hacer explícita —como misión de la Academia— la promoción de la libertad económica, debo confesar que me tomó por sorpresa. No porque tuviera duda alguna sobre el valor de la libertad. Más bien, me sorprendió, porque la esencia de la libertad siempre había estado ahí, implícita, dada, presupuesta *sine qua non*, de todo lo que hicimos. No había que anunciarlo, porque se respiraba con solo cruzar el umbral.

No obstante, cuando ahora con temor observo el avance, en particular en nuestro continente, de gobiernos que buscan una autoridad absoluta, no limitada por las leyes, y que, justificados por sus propios fines, no ven frenos al abuso del poder, al uso de la intimidación y de la fuerza, entiendo y comparto la importancia de este anuncio explícito. Cuando observo gobiernos que han surgido de elecciones, para luego dictar a su antojo leyes y decretos que no respetan ni la institucionalidad ni el orden jurídico ni los derechos de las minorías, siento que no podemos quedarnos con los brazos cruzados. Quienes tenemos la capacidad de pensar críticamente sobre las ideas, tenemos la obligación de ocuparnos de las ideas políticas porque, si no lo hacemos, estas ideas pueden adquirir una fuerza demoledora e imparable, que puede acabar por destruir la libertad que tanto valoramos.

Será necesario, en las palabras de Schumpeter, “darse cuenta de la validez relativa de las convicciones propias y, no obstante, defenderlas resueltamente.”²⁰

Desde este espacio de libertad, pluralismo y diversidad, hacia el futuro la Academia de Centroamérica debe continuar, con nuevos bríos, en su papel de formuladora de conceptos para entender los problemas del país, en su papel de formadora de capital humano y en su papel de forjadora de opinión pública.

²⁰ Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Londres, 1943.

Estas tareas tendrán más éxito, si hunden sus raíces en un compromiso serio por conocer la realidad. Esto sólo la investigación rigurosa académicamente y sin preconcepciones lo puede lograr. La Academia debe continuar una labor —dado un fuerte compromiso con la realidad— para que los resultados de la investigación iluminen las opciones que, en última instancia, deben tomarse en la arena política.

Las ideas políticas, los ejercicios de investigación, las recomendaciones de política y las escogencias ocurren en un contexto particular. En sus varias publicaciones, Larry Harrison ha hecho hincapié en el papel de la “cultura” en la evolución de las sociedades, en su progreso económico y su desarrollo político.²¹ Los valores inscritos en una cultura moldean el fortalecimiento de la confianza, en el ejercicio de la autoridad, en los incentivos para trabajar, ahorrar y progresar.

Entre otros autores, Larry escribió sobre las circunstancias que hicieron a Costa Rica un país diferente.²² En los primeros días de la Academia, tuvimos estas diferencias muy claras y entendimos que hundían sus raíces profundamente en la historia y en la identidad del país. No estábamos entre los que piensan, tal vez porque son muy jóvenes, que Costa Rica nació en 1940. Sabíamos que estas diferencias siempre brotan de rasgos culturales profundos, de nociones acerca de a qué pertenecemos y de valoraciones positivas sobre cuáles han sido los legados de nuestros antepasados, que nos han permitido llegar hasta donde estamos. Tuvimos presentes los orígenes antiguos de nuestra disposición al compromiso, de nuestro rechazo de la violencia, de la solidaridad en libertad que nos ha caracterizado. Desconocer la historia es destructivo.

Hoy, parecemos ser una nación cada vez más fracturada, con visiones contradictorias sobre la esencia misma de quiénes somos y con una creciente dispersión en nuestras aspiraciones. Ante la pérdida gradual de nuestra identidad tradicional y ante la ruptura de consensos mínimos sobre nuestra propia esencia, el diálogo debe volver a ser, por lo tanto, una herramienta esencial en nuestra cultura nacional.

²¹ Lawrence Harrison and Samuel Huntington (eds.), *Culture Matters: How Values Shape Human Progress*, New York, Basic Books, 2000.

²² Lawrence Harrison, *Underdevelopment Is a State of Mind*, Cambridge: Harvard Center for International Affairs, 1985.

Lo que parece estar perdiéndose en Costa Rica, sin embargo, es la capacidad de conversar con altura, la posibilidad de contrastar posiciones, la disposición a valorar al otro. Estamos perdiendo la disposición a renunciar a la violencia para imponer un punto de vista. Rota la comunicación, solo queda espacio para la fuerza. Estamos comenzando a perder la tolerancia que nos ha hecho únicos. El futuro de nuestro país depende críticamente de que no permitamos que esto suceda.

Entonces, para que, hacia el futuro, la Academia de Centroamérica siga jugando un papel valioso para Costa Rica, debe seguir siendo un espacio de diversidad, un espacio de pluralidad, un espacio de libertad y, desde ese espacio, debe promover esta “gran conversación”, con respeto y con desprendimiento.

Porque en efecto está preparada para apoyar esta gran conversación nacional, sobre todo en el área de las estrategias económicas, la Academia de Centroamérica será un valiosísimo activo intangible para Costa Rica por 40 años más.

Muchas gracias.